



DEM

Viernes
1 de noviembre
de 2019
29

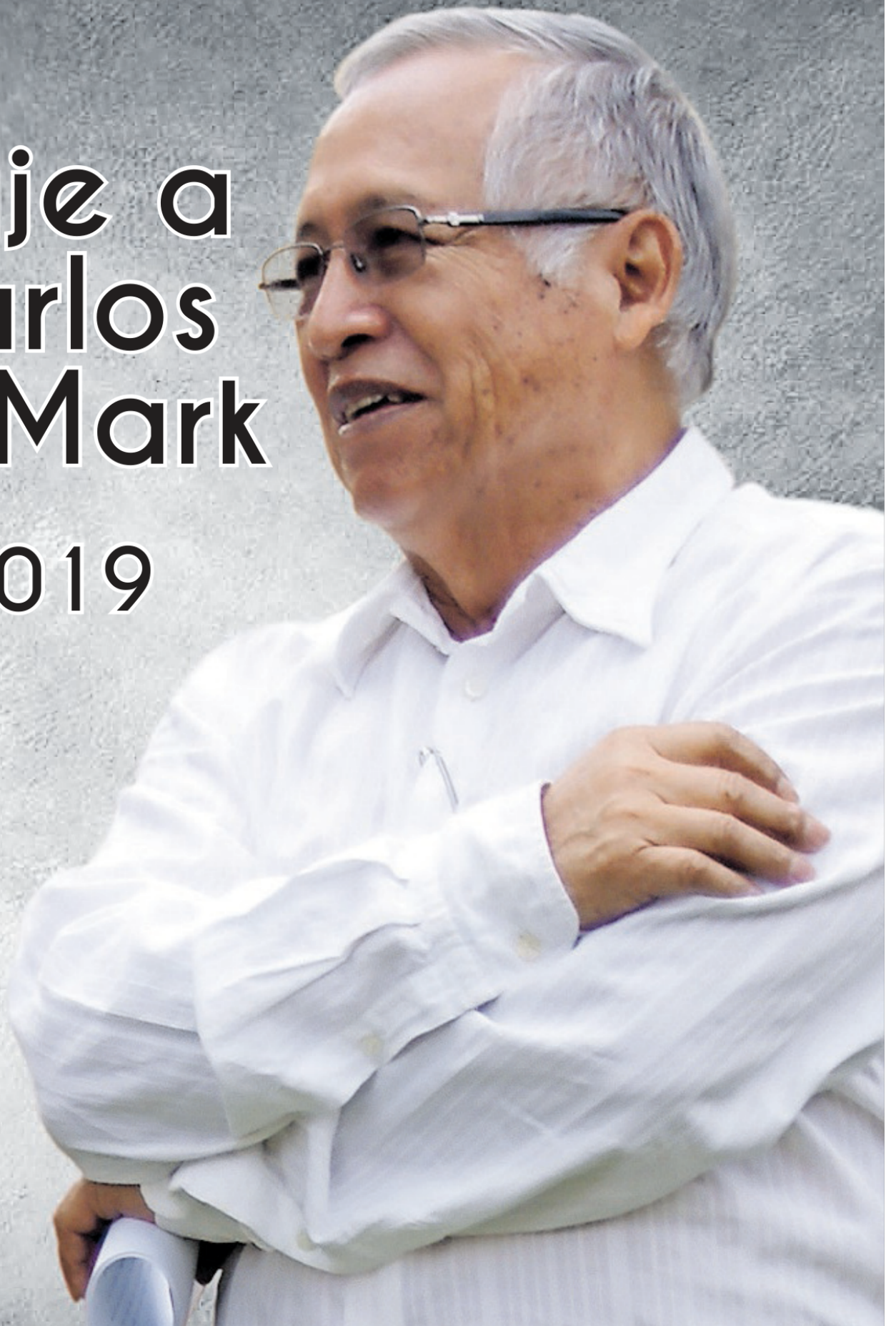


LUIS MIGUEL MORAYTA MENDOZA

He confesado en otros textos cómo vivo sorprendido por las semillas. Algunas de ellas se convierten en enormes árboles, afianzados por fuertes raíces y proyectando muy alto sus ramas. Así siento la relación que construimos mi entrañable, amigo, colega, hermano, y compadre. No podría ser de otra manera, por su generosidad, sentido del humor y amor por Cuautla y el Gral. Emiliano Zapata.

Homenaje a Prof. Carlos Barreto Mark

1937 - 2019



A Carlos Barreto Mark, destellos de un sembrador

LUIS MIGUEL MORAYTA MENDOZA

He confesado en otros textos cómo vivo sorprendido por las semillas. Algunas de ellas se convierten en enormes árboles, afianzados por fuertes raíces y proyectando muy alto sus ramas. Así siento la relación que construimos mi entrañable, amigo, colega, hermano, y compadre. No podría ser de otra manera, por su generosidad, sentido del humor y amor por Cuautla y el Gral. Emiliano Zapata. Desde que lo conocí, en 1974, llegué al estado de Morelos en el arranque del Centro INAH Morelos. Llegué siendo pasante de la maestría, con un montón de inseguridades y fantasías. Carlos de inmediato me ayudó a conocer Morelos, especialmente, Cuautla, Mor. y a los hijos del General Emiliano Zapata, don Nicolás y don Mateo y otros personajes esenciales de la vida morelense. Estar frente a ellos, especialmente frente a don Mateo fue una experiencia de las que nunca se borran. Carlos me presentó como si nada, sin aspavientos ni adornos. Pero había una actitud de plena confianza de estos personajes hacia él. También a través de él fui conociendo pueblos y sus gentes, haciendas, historias, documentos. A la vez que iban ampliando mis conocimientos, se fue formando en mí, un cariño y un compromiso hacia Morelos. Nuestros recorridos estaban llenos de humor, de ansias por conocer y de sorpresas. Nuestras andanzas nos llevaron por muchos lugares y por no pocas cantinas, en donde aprendí muchas cosas, sobre todo a ver y a sentir mi profesión como una forma de vida, como un compromiso y también como una aventura inacabable.

Carlos tenía un sentido del humor muy grande pero muy especial. Le encantaba hacer bromas, echar relajo, pero mantenía en muchas ocasiones una expresión en su rostro que a veces no denotaba la picardía y la creatividad de sus chanzas, como él las llamaba. No sólo su sentido del humor sino también en sus actos de amistad mantenía una expresión inexpugnable. Hace poco más de tres años, a alguien se le ocurrió hacerme un inmerecido homenaje al cual no pude asistir Carlos. Envié un regalo inolvidable, un par de espuelas con un recado que decía: "compadre perdona que no puede estar contigo en esos momentos pero te mando estas espuelas para que te acuerdes que los momentos más difíciles que tuviste, supiste encontrar las soluciones". Él se refería a una temporada en que como locura de juventud me dio por montar toros en los jaripeos, eran tiempos difíciles. Siempre consideré que lo que yo estaba siendo era demasiado peligroso, que pensara en mi familia. Igualmente, insistía en los últimos meses que ya no me metiera hacer peritajes antropológicos en situaciones muy conflictivas como las que ha estado viviendo el estado de Morelos. Llegó a regañarme, pero en el regaño yo sabía que era el amigo que muy preocupado me trataba de proteger.

En las intervenciones en ese y otros homenajes han tenido diferentes colegas, compañeros y amigos, ha quedado de manifiesto su enorme producción y su preocupación y cariño hacia Cuautla y hacia la figura del general Zapata, por algo su hija Bertita, alcanzó a pronunciar fuerte la frase de ¡Viva Zapata!, cuando el féretro ya estaba en la tumba. Son muchas las accio-



“No sólo su sentido del humor sino también en sus actos de amistad mantenía una expresión inexpugnable.”

nes y productos académicos y de difusión que hablan de este compromiso por sus dos grandes amores, además del amor a su propia familia. También se ha señalado la generosidad de compartir sus acervos, su experiencia y sus conocimientos con todo aquel que se acercara a solicitarlos todavía unas semanas antes de que partiera me envió varias obras de la historia del poniente del estado de Morelos que

fueron muy importantes para resolver varios problemas en la realización de algunos peritajes antropológicos.

Opté por presentar este texto de carácter tan personal, para poder ponderar un aspecto del Prof. Carlos Barreto Mark, un bondadoso donador de semillas de las cuales tuve la fortuna de que me tocará una de ellas. Gracias compadre, hasta pronto.



Carlos Barreto Mark

CARLOS BARRETO ZAMUDIO
JOANNA MORAYTA KONIECZNA

SEPTIEMBRE DE 2014

Es el año de 1939, el lunes 14 de agosto, cuando nace en la ciudad de Cuautla Morelos, Carlos Barreto Mark; hijo de José Barreto Marín, un ferrocarrilero de la Ciudad y Bertha Mark Tapía, hija de Juan Mark Woong, quien desempeño múltiples oficios, entre ellos el de ser cocinero de algún sector de las fuerzas zapatistas. Probablemente fue entonces cuando empezó a correr la historia que llevaría a Carlos Barreto a tener esa curiosidad hacia esta parte de la historia mexicana.

Carlos Barreto cursó sus primeros estudios en la Primaria Hermenegildo Galeana, y distante a lo que podríamos imaginar, no fue la escuela sino los relatos de su abuela Mucía los que influyeron en la imaginación, curiosidad y ansia de ver y saber acerca del mundo, los que despertaron en él emprender el camino hacia la historia.

Eran épocas marcadas por una situación económica precaria, lo que dificultaba su permanencia en el camino escolar, a esto se sumó el desatinado comentario que un profesor externara a sus padres, mencionando que su hijo no tenía lo suficiente para seguir estudiando y era mejor encaminarlo fuera del conocimiento. No se imaginó la trascendencia a la que llegaría el interés nato de aquel niño por el saber.

Una vez fuera de la escuela ingresó al mundo de los ferrocarriles junto con su padre. Para ello, se vio en la necesidad de recurrir a alterar su acta de nacimiento para aumentarle la edad y poder iniciar así como fogonero, teniendo menos de 15 años.

Durante su labor en los ferrocarriles estuvo en varios puntos de Morelos y en la ciudad de México, en la estación San Lázaro o en el llamado Campo Redondo.

Cualquiera puede imaginar el esfuerzo físico que exigían tales actividades, lo que con el tiempo se transformó en una ventaja ya que adquirió una condición que lo llevo a convertirse en un atleta muy destacado. A corta edad, ya desde los 16 años, participó en distintos deportes como el fútbol, basquetbol, voleibol y clavados, pero fue en el atletismo donde destacó fuertemente. Participó en 100, 200 y 400 mts. y salto de longitud, todo en pistas de arcilla y con un equipo inadecuado. Para poder desarrollar estas actividades, utilizó todos los medios a su alcance, siempre con miras mas allá de lo que limitaba su situación, corría sobre los rieles del tren para entrenar su equilibrio en la pista.

Este entrenamiento y persistencia lo hizo alcanzar su mayor logro que fue en el campeonato estatal de 100 mts. planos, recorriendo esta distancia en tan sólo 11 segundos (record estatal), representando al Servicio Militar Nacional pese de sufrir un accidente automovilístico el día anterior.

Aún como ferrocarrilero, retomó sus estudios en la Escuela Secundaria Nocturna para Trabajadores "Gabino Barreda", cursando el mismo grado que su hermano menor.

Posteriormente, se integró a la Escuela Normal Particular "María Elena Chanes" en donde además de adquirir nuevas formas de conocimiento, conoció a su futura esposa Ernestina.

Concluidos sus estudios como normalista, partió a la ciudad de México, donde comenzó a impartir clases en escuelas primarias del Distrito Federal. Alternando sus trabajos como ferrocarrilero y como profesor, ingresó a cursar sus estudios profesionales en la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Su trabajo en los rieles quedó truncado por un accidente, no sin antes dejar huella al haber participado en todas las actividades culturales y deportivas, así como en el mismo movimiento obrero, actividades que lo llevaron desde tocar el tambor en la banda de guerra hasta participar en el movimiento Vallejista.

Una vez en la ENAH, tenía la intención de ser arqueólogo pero al final decidió que su camino se encontraba en la carrera de Etnohistoria, comenzando así sus estudios teniendo de compañeros a Jesús Monjaraz y José María Muriá y a profesores como Wílgberto Jiménez Moreno, Román Piña Chan y Beatriz Barba. Todos ellos fueron testigos de la formación académica de Carlos, quien a pesar de haber atravesado previamente por diversas circunstancias de trabajo y de la vida misma, haber tenido un sinfín de oportunidades para alejarse de los estudios profesionales, le fue más imperante la curiosidad y la visión de lo que el quería hacer y a donde quería llegar.

Ya durante sus años de estudio se casó y convirtió en padre de su primera hija: Bertha, quien recibió el nombre de su abuela. Mientras Carlos seguía en la ciudad de México, su esposa y familia radicaban en la ciudad de Cuautla, lo que realza su perseverancia para seguir creciendo pese a que la situación misma no lo facilitaba.

Culminó sus estudios en la ENAH, alternándolos con dar clases en las escuelas primarias, y es entonces cuando la Secretaría de Educación Pública lo comisionó al Instituto Nacional de Antropología e Historia, llegando a la que sería su institución de casa a partir de 1975. Es en estos años cuando nació su segundo hijo: Carlos. Se desplaza a Cuernavaca para integrarse al naciente Centro Regional INAH Morelos-Guerrero, participando como su cofundador. En esta institución poco a poco inicia a desarrollar proyectos y nuevas corrientes de investigación e integrándose al programa de Historia Oral, del que se desprenderían entrevistas, hoy día ya clásicas, a los veteranos zapatistas y también algunos trabajos más emblemáticos como "Corridos Zapatistas" y "Los Corridos de Marciano Silva". Las primeras oficinas del INAH donde ingresó Carlos estaban entonces en el Palacio de Cortés, donde empieza también una entrañable amistad y colaboración refrendada por un



compadrazgo con el Antrop. Miguel Morayta Mendoza, quien se refiere a Carlos como "una persona que aparte de sus cualidades de notable investigador de la realidad y la historia morelense, es un hombre sin dobleces diciendo siempre lo que piensa y lo que siente sin ningún maquillaje, yo casi diría que es un irreverente con todo, pero como me emociono cada vez que se que estoy a punto de verlo".

Una vez culminada la remodelación del Jardín Etnobotánico en la colonia Acapanzingo, el personal del Instituto se trasladó ahí, volviéndose sede hasta la fecha del Centro INAH Morelos.

Retornó a la ciudad de Cuautla para conformar el Museo Casa de Morelos, sitio en el que hasta la fecha se desempeña como director.

Desde los tempranos años 80, y una vez de vuelta en su ciudad, se dedica a promover distintos eventos culturales, impulsado siempre por un genuino interés de acercar a los cuautlenses a la cultura e historia.

Entre los eventos gestionados e impulsados por Carlos Barreto se puede enumerar los cineclubes, congresos, encuentros de corridistas tradicionales, conferencias, espectáculos nacionales e internacionales, exposiciones y espectáculos, entre otros. Destaca entre ellos haber realizado el Primer Encuentro de escritores y poetas con la presencia de reconocidos personajes como es el caso de José Agustín, dignificando así poco a poco la Casa de Morelos.

Por su característica personalidad y aprecio entre sus compañeros y paisanos, estrechó una valiosa amistad con Don Mateo Zapata, hijo del general Emiliano Zapata, quien gracias a la confianza que le tenía dio en prestamo y donación varios objetos del general, que hoy se pueden apreciar dentro del Museo Histórico del Oriente.

Su labor por el impulso de la Casa de Morelos, la alternó con la investigación de temas históricos de diversos matices. Lo mismo abordaba temas relacionados con códigos, vestigios arqueológicos, que con la Independencia y la Revolución, lo que muestra su incansable búsqueda por coleccionar conocimientos y curiosidad nata por la historia en general, que hasta hoy en día sigue vigente.



Es principalmente en Cuautla donde incursionó como periodista, asesor del Movimiento Nacional Plan de Ayala, en apoyo de los veteranos zapatistas. Desarrolló una amplia presencia en medios electrónicos e impresos, principalmente locales y estatales, como sus colaboraciones con El Regional del Sur, El Sol de Cuautla, La Jornada, entre otros.

Inmerso en la cotidianidad y actividades sociales, destaca su gusto por la Lucha Libre, el cual comparte hasta hoy en día con su hijo Carlos, lo que lo lleva inclusive, a volverse columnista de este deporte. De manera anónima compartía y narraba lo que en este deporte se siente, se vibra, se transmite y se contagia, todo bajo el afamado seudónimo de "la tecla asesina".

También con un perfil meramente académico se vuelve fundador del suplemento cultural "Tamoanchan" el cual permite hacer de dominio público lo que en el Centro INAH Morelos se investiga, para después convertirse en "El Tlacuache" que hasta hoy día se publica de manera dominical y en el que participa como articulista.

Años han pasado desde su ingreso al Instituto Nacional de Antropología e Historia, y Carlos sigue dando a Cuautla un espectro de actividades culturales e históricas de relevancia nacional, como haber traído a esta ciudad el famoso "Cañoncito Niño", arma histórica predilecta del General José María Morelos y Pavón, emblema y símbolo de los actos conmemorativos de los 200 años del Ataque y Sitio de Cuautla.

Carlos, siempre con libro en mano, coleccionista de la historia, hijo de obrero del ferrocarril, atleta, antropólogo e historiador, investigador de diversos temas y periodos históricos, etnomusicólogo, promotor cultural, profesor de educación primaria, bachillerato y universidad, periodista, columnista, locutor, analista político, cuautlense de cepa, morelense universal, visionario, bailarín, hermano, padre, abuelo, amigo, ser humano... indudablemente parte del paisaje cultural de Cuautla.



Carlos Barreto Mark. Al final de este viaje

CARLOS BARRETO ZAMUDIO
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MORELOS

Carlos Barreto Mark falleció la mañana del viernes 18 de octubre de 2019 en su casa de Cuautla, la ciudad donde nació y a la que le dedicó su vida. El crespón negro colocado en la entrada del Museo Casa de Morelos, su centro de trabajo por décadas, se encuentra sobre una manta que recuerda los 80 años del Instituto Nacional de Antropología e Historia (1939-2019), coincidentes con los años de su vida. El resultado, un involuntario collage de símbolos en el que confluyen entidades que se integraron en una ruta de medio siglo. Para su camino final, Carlos llevaba puesta una camisa clara con un logo discreto del INAH. Así lo decidió su hija, pues consideró que resultaba una buena síntesis. Meses difíciles en los que se fueron yendo personajes importantes de la historia, la cultura y la vida pública mexicana, y especialmente dolorosos para nosotros, pues antes que él también se despidieron consecutivamente sus compañeros y amigos también de gran trayectoria y legado, Francisco Pineda e Isabel Campos Goenaga, con quienes estuvo reunido en Cuautla el 3 de julio para la entrega de reconocimientos a la investigación del zapatismo que hizo Diego Prieto a Laura Espejel, Salvador Rueda, y los propios Francisco y Carlos.

Carlos Barreto Mark recibió diversos reconocimientos a lo largo de su carrera. Cinco años antes, también en octubre, el INAH le había hecho un homenaje a su trayectoria. Uno de los más recientes entregado por el Gobierno del Estado de Morelos el mes de abril de 2019, al que no pudo asistir para recibirlo ya por temas de salud. Aún el día 20 de noviembre de este año, el Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana hará entrega post mortem del Premio José C. Valadés a la trayectoria en el rescate de memorias y testimonios. Una sonrisa se alcanzó a dibujar en su rostro cuando leímos la notificación que había llegado a su casa el 17 de octubre. Fue un hombre productivo y generoso que cerró así el ciclo de su vida, bajo la luz del reconoci-

miento público.

Justamente hace cinco años escribí un texto en El Tlacuache 644 del 19 de octubre de 2014 que titulé Carlos Barreto Mark. El cuautlense. Sigo pensando que era el título más adecuado. En él bosquejé una síntesis biográfica a la que habría que sumar un lustro más de actividades infatigables. En aquel entonces hablé de sus orígenes personales y de un camino heterodoxo que lo llevó a desarrollar una carrera valiosa desde distintas ópticas: la documental, la investigación en gabinete y en campo, la etnohistórica, la tradición oral, la gestión cultural, el periodismo, la crónica, entre muchas otras vertientes que se pueden encontrar en su trabajo.

Sólo retomaré algunas líneas de aquella publicación: "Ya como investigador del INAH [en los 70], se desplazó a la ciudad de Cuernavaca para integrarse a los trabajos del naciente Centro Regional Morelos-Guerrero [...] En la ciudad de Cuernavaca, estuvo inicialmente en el Palacio de Cortés y posteriormente en el Centro INAH-Morelos en Acapantzingo. Durante esos años trabajó una entrañable amistad, que mantiene hasta el día de hoy, con otro emblemático investigador de los pueblos de Morelos: Miguel Morayta. Pero fue hasta los años 90, en que tomó la dirección del Museo Histórico del Oriente de Morelos, Casa de Morelos, sitio al que había dedicado ya años de trabajo para rescatarlo y darle vida. De alguna manera, la producción académica de Carlos Barreto Mark refleja un constante diálogo entre antropología-historia y el conocimiento popular morelense [...]. Sin mayores esencialismos académicos, toma con gusto la faceta de cronista. Una referencia que hace con frecuencia Barreto Mark, es que sus primeras influencias provienen principalmente de la tradición oral morelense viva, particularmente de los relatos de su abuela [...]. Su producción es ejemplo de la oriundez de un autor, particularmente de provincia, no necesariamente repercute negativamente en la calidad de su trabajo."

"Aunque la producción más influyente de Barreto Mark se ha centrado en el Sitio de Cuautla (especialmente en lo relativo al manuscrito de Felipe Montero) y el za-



patismo, en realidad no es un autor bitemático. Ha abordado temas diversos [...] destacan trabajos acerca de códices y títulos de los pueblos, vestigios prehispánicos, la época colonial, la lucha de Independencia, la vida independiente, la conformación del estado de Morelos, las fiestas tradicionales y la música popular. Cuenta con una amplísima biblioteca y un archivo formado a partir de recursos propios y una gran inquietud por el rescate de fuentes..."

No pudo concluir algunas publicaciones que tenía en marcha. Particularmente un libro sobre fotografía histórica de Cuautla y algunos textos que dejó como borradores iniciales. También deja como un pendiente, pero a la vez como un legado su biblioteca y una colección documental única con la que hemos iniciado la labor de concentración de materiales. Tenemos la idea que que en un futuro mediano pueda organizarse un centro de consulta documental, que permita valorar ese aspecto enorme de su trabajo y abrir nuevas vetas de investigación para estudiantes especialistas e interesados.

Carlos Barreto Mark se fue retirando discretamente cuando materialmente le resultó imposible continuar con su labor. Murió en la raya, con proyectos en mente. Aunque prefería no hablar mucho de los temas de su salud, hubo un gran esfuerzo personal y familiar porque estuviera mejor. En cambio, al final este viaje en la vida, Carlos deja una honda huella de su trabajo y de su calidad como ser humano comprometido a fondo con su comunidad, con su estado, con su país y con las muchas causas que él consideró como justas. Deja una estela muy nutrida de amistades, de compañeros, de discípulos de muchas generaciones. Su carácter siempre jovial tocó la vida de muchas personas. Pero su capacidad de ser amoroso, divertido, sencillo y cálido con quienes gozamos plenamente de sus afectos, es lo que más extraño cuando ahora lo busco y no lo encuentro al fondo del luminoso caos de su estudio.

COORDINADOR EDITORIAL: LUIS MIGUEL MORAYTA MENDOZA



el tlacuache

INAH

Matamoros 14, Acapantzingo. 62440 Cuernavaca, Morelos

Para consultar números anteriores: <http://hool.inah.gob.mx:1127/jspui/>

Órgano de difusión de la comunidad del INAH Morelos.

Consejo Editorial

Eduardo Corona Martínez
Luis Miguel Morayta Mendoza
Erick Alvarado Tenorio

Giselle Canto Aguilar
Raúl Francisco González Quezada
Tania Alejandra Ramírez Rocha

El contenido de los artículos es responsabilidad de sus autores.

Coordinación de Difusión: Karina Morales Loza

Apoyo operativo y tecnológico: Centro de Información y Documentación (CID)

Sugerencias y comentarios: el_tlacuache.inahmorelos@gmail.com